

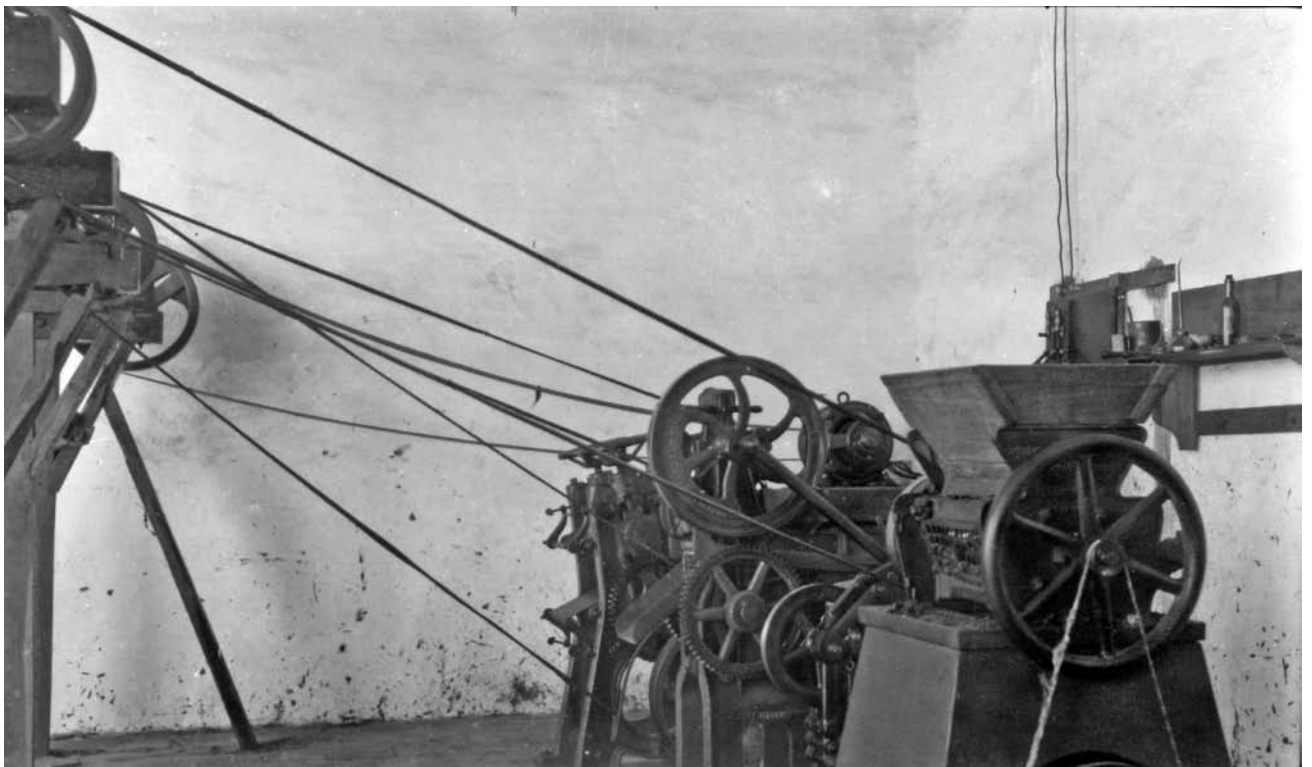


ADEMÁS DE LOS DOCUMENTOS FORMALES depositados en los archivos oficiales, el relato histórico se apoya y se enriquece con una extensa variedad de fuentes como las narraciones literarias, la prensa, la correspondencia íntima, los diarios personales y los estudios genealógicos; unos y otros aportan ángulos y enfoques no previstos. El desarrollo técnico actual aumenta la oferta con la posibilidad de obtener documentos en variados soportes magnéticos y electrónicos tales como grabaciones magnetofónicas, cine, video, discos, un listado que se extiende continuamente para incluir continuamente nuevas posibilidades.

Las memorias familiares son uno de los géneros tradicionales que subsisten a los largo del tiempo mientras exista el deseo de transmitir de una a otra generación las experiencias vitales, más originales cuanto más veloces son las transformaciones del progreso. El oficio de recordar y revivir, el ejercicio de la memoria que exige la escritura ordenada

de los sucesos que impresionaron en la niñez o en la juventud, siempre están cargados de sorpresas y de encanto. Para el historiador que los busca, no importa que se trate de sucesos cotidianos o aparentemente intrascendentes, el paso del tiempo siempre les confiere un valor extraordinario.

Lelio MARTÍNEZ VILLALBA (Bucaramanga, 4 de julio de 1921) ha dedicado algún tiempo de su retiro productivo a escribir, con destino a sus descendientes, los recuerdos de su juventud, transcurrida siempre en la ciudad natal. En esas memorias redactadas con sencillez se percibe la transformación de la ciudad, del país y del mundo, y no dejan de sorprender los avances tecnológicos, los cambios sociales, la transformación de las costumbres, el surgimiento de nuevas formas de relación y de consumo cuando se leen sus recuerdos, en los cuales dibuja la pequeña ciudad de las memorias infantiles. Ingeniero químico de la que entonces se llamaba Universidad Católica Bolivariana de Medellín y hoy lleva el imponente nombre de Pontificia, egresado en el año de 1944, se vinculó a las empresas de su padre, el industrial Víctor Martínez Villalba, que con su aporte crecieron para convertirse en las Industrias Alimenticias La Constancia, unas de las primeras que le dieron un aire de modernidad y progreso a la aldeana Bucaramanga de la mitad del siglo XX. Durante el primer semestre de 1948 fue profesor de química, durante tres meses, de la primera generación de estudiantes de la UIS. Su esposa Eugenia Rodríguez Rosillo, cinco hijos y una multitud de nietos son testigos de sus múltiples intereses y pasatiempos que incluyen el cine y la fotografía, la arqueología, la cerámica y la talla en madera. De su *Cuaderno de Memorias Aída Martínez Carreño* ha seleccionado las referentes a la industria del tabaco, muy detallada y cuidadosa, por haber sido testigo personal de lo narrado en la fábrica familiar de los Cigarros Víctor.



ANTES DE LA DÉCADA DE 1920

Debido a la prohibición de comerciar con tabaco en departamentos como Antioquia y Caldas, prohibición que nunca existió en Santander, vino como consecuencia un enorme desarrollo del cultivo de la hoja para la producción de cigarros y cigarrillos y muchísimo trabajo para la ciudad; esto contribuyó para que mucha gente emprendedora hiciera grandes capitales, siendo Bucaramanga una de las ciudades más prósperas de Colombia.

Cuando tuve conciencia, ya Bucaramanga era como una gran fábrica de cigarros: por cualquier parte que se anduviera se veían fabriquines con pocas o muchas cigarreras dedicadas a la elaboración de cigarros populares o chicotes, ofreciéndolos en paquetes circulares amarrados con bejucos de plátano, o haciendo vitelas de formas especiales y por contrato de las grandes fábricas.

El tabaco se cosechaba en todas las formas posibles en Santander. Aún recordamos, aquí no más por la vía a Girón, la vega de los Villamizar, que producía un magnífico tabaco para su fábrica; aún puede verse algún caney para el secado de las hojas. Es de recordar que para Santander ha sido famosa la semilla de tabaco García, traída desde Cuba por los señores García, talvez con algunas de las viejas palmas que adornaron la ciudad.

MARÍA CANO

Por aquellos tiempos fue famosa María Cano, una agitadora bolchevique antioqueña, quien trataba de crear problemas a los patrones azuzando a los obreros de las incipientes fábricas. Teniendo conocimiento de que Bucaramanga era el centro manufac-

turero más importante del país por la producción de cigarros en fábricas que directa o indirectamente empleaban miles de personas, supuso que este sería el sitio ideal para hacer una gran campaña proselitista. Así, llegó con sus discursos, y cuando los dueños de empresas grandes y pequeñas la escucharon, se juntaron llamándola para hablar con ella. Le dijeron que si la organización industrial de la ciudad cambiaba, ¿era ella quien iba a dar trabajo a tanta gente desocupada? Al otro día la Cano había desaparecido de la ciudad.

LAS FÁBRICAS

En la ciudad hubo muchas fábricas para la elaboración de cigarros. De las más grandes fueron: Villamizar Hermanos, los Puyana, Luis Emilio Garnica, Chalela Hermanos, los Sepúlveda, el señor Canavati, etc. Comparable a la gran fábrica de Villamizar Hermanos existía “La Constancia” de Francisco García y Hermanos, a donde mi padre entró a trabajar como administrador y socio y al final como dueño. El sitio original de la fábrica fue en la actual calle 41 #18-69, en donde se inició allá por los años 20. Con la prosperidad del negocio se trasladó a su nueva planta, el gran local de la hoy carrera 21 entre calles 36 y 37. En ese local actualmente funciona la fábrica de chocolates “La Fragancia”. Desde esos tiempos los señores Alarcón establecieron su fábrica de cigarrillos Virginia, productos que eran vendidos por todo el país.

La elaboración de cigarros se iniciaba los sábados por la mañana con la compra del tabaco en el local de la plaza de mercado central, llamado “Depósito del Tabaco” o “Venta del Tabaco”. El tabaco se

compraba al peso, y en ese tiempo todos los compradores y vendedores se reunían a la espera mientras llegaba el empleado del “al-motacén” con la pesa registrada de unos 10 kilos, colocándola en la romana para dejarla perfectamente calibrada. En ese momento se iniciaba el negocio aplicando todos los conocimientos en la compra de la hoja. De pequeño yo escuchaba a los compradores felicitándose o renegando de las compras hechas en el día.

El tabaco llegaba clasificado en tres tipos: la *capa*, preferentemente usada para el acabado o envoltura de los cigarros y obtenida de las primeras hojas de la mata, que eran las más perfectas por su uniformidad, color y textura. Las hojas venían empacadas en los llamados “libros de hojas”, una sobre otra, por el mismo lado y en la misma dirección. Estos libros, cruzándolos, se acomodaban en bultos cuadrados no muy grandes, amarrados con bejucos de plátano que por formar una cuerda ancha no deterioraban las hojas. De la misma manera venía empacado el *capote*, tabaco de menor calidad que se obtenía de las partes inferiores de la mata. Finalmente se compraba la broza formada por hojas arrugadas y muy defectuosas, empacadas en mochilas de fique.

Para elaborar un buen cigarro, las hojas de capa y capote debían recibir una preparación previa que se iniciaba al recibo de los bultos en la fábrica por un grupo de obreras especializadas; sentadas sobre banquetas revisaban cuidadosamente los libros, uno tras otro y hoja por hoja, humedeciéndola ligeramente, extendiéndolas sobre la pierna y haciendo nuevos libros con las hojas húmedas, al mismo tiempo desechando las defectuosas.

Esos libros se llevaban a habitaciones con poca ventilación en donde se amontonaban haciendo pilas rectangulares muy ordenadas, de libro sobre libro, cruzados, hasta una altura de más de tres metros, en las que se dejaba fermentar durante varios meses, proceso que se hacía con desprendimiento de calor. Era necesario que el técnico, cada

El tabaco llegaba clasificado en tres tipos: la *capa*, usada para el acabado o envoltura de los cigarros y obtenida de las primeras hojas de la mata, eran las más perfectas por su uniformidad, color y textura. El *capote*, tabaco de menor calidad que se obtenía de las partes inferiores de la mata. La *broza* formada por hojas arrugadas y muy defectuosas.

cierto tiempo, sacara libros de la pila para determinar al tacto la temperatura porque si era muy alta podía averiarse el tabaco. En este caso era necesario proceder de inmediato a deshacer la pila; cuando después de varios meses el producto se enfriaba, el proceso había terminado.

Para los cigarros suaves y de color claro las hojas de tabaco se sometían a un tratamiento de lavado en tinajas de madera, revolviendo con palas para después dejar escurrir el agua. Las hojas escurridas se llevaban a una gran prensa de tornillo y finalmente a los patios de ladrillo para secarlas al sol.

La buena picadura para el relleno de los cigarros se elaboraba en la máquina picadora, constituida por dos correas planas de ancho suficiente, una sobre otra, hechas en eslabones metálicos. Entre ambas se apretaba un libro de tabaco que era transportado frente a una pesada y filosa cuchilla de movimiento vertical que con cada corte daba unas tirillas muy uniformes de pocos milímetros de espesor.

El tabaco fermentado se usaba para la elaboración de cigarros de muy buena calidad. Las obreras, llamadas “rolleras”, usaban máquinas personales: ponían sobre el trapo de la máquina media hoja desvenada



Los cigarros más finos se anillaban, y para conservar su buen aroma se empacaban en cajas muy delgadas de madera de cedro oloroso, decoradas profusamente con lindas estampas y esquinas importadas de Suiza o de Alemania.

de capote rellenándola con picadura, y moviendo la palanca hacia arriba hacían el rollo, igualándolo con una cuchilla al extremo de la máquina. Estos rollos se colocaban en moldes de madera que en alguna forma configuraban el cigarro, siendo igualados en el sobrante exterior con un cuchillo afilado. Los moldes o cajas se apilaban una sobre otra por el mismo lado y dirección dentro de una alta prensa de tornillo, de donde después de un tiempo se obtenían los rollos ya formados para darles la cubierta final. Éstos se ponían en manos de las operarias más hábiles y a veces temidas: sobre mesas adecuadas y con las muy afiladas y peligrosas cuchillas “pácoras”, de filo redondeado, cortaban cada hoja de la suave capa en la forma adecuada para cubrir a mano cada uno de los cigarros, terminando la punta con un pequeño pegue con engrudo que se preparaba al gusto de cada operaria, mezclando con agua sobre una tablita un poco del pegante elaborado con almidón de yuca en una gran paila de cobre.

En la fábrica se producían principalmente dos clases de cigarros. Los más finos se anillaban, y para conservar su buen aroma se empacaban en cajas muy delgadas de madera de cedro oloroso, decoradas profusamente con lindas estampas y esquinas. Toda esa decoración se importaba de Suiza o de Alemania. Aún en viejos armarios se encuentran estas hermosas cajas con las cartas de amor de las bisabuelas y algún gajo de cabello amarrado con una cinta rosada.... Los tabacos corrientes tenían el mismo proceso, pero se empacaban en paquetes de papel con una etiqueta ancha adherida alrededor.

Muchísimos árboles de caracolí de la zona terminaron hechos cajones para empacar los cigarros que salían de la ciudad ha-



cia Puerto Santos a lomo de mula, hasta más de 50 mulas por viaje, que a su regreso traían mercancías para el comercio de la ciudad. El negocio de la arriería fue muy próspero y dio comodidad a mucha gente hasta la llegada del ferrocarril a las Bocas.

No había fábrica de cigarros que no contara con un maestro cajonero y su ayudante. En *La Constancia* el “chueco” Aguilera empezaba por comprar las tablas, poniéndolas a secar por varios días paradas contra el muro y a la sombra; por ser muy livianas cortaba la suave madera a sierra y serrucho, para luego pulirlas con ayuda del cepillo, la garlopa y el garlopín, conformando los pedazos rectangulares para armar el cajón, apuntillándolo. Los cajones eran muy livianos, de tamaño uniforme y apropiado para cargarlos por mula. Dentro de ellos se colocaban

cuidadosamente las cajas o paquetes de cigarros de manera que el empaque fuera muy firme para el largo viaje. También se apuntillaba la tapa, cubriendo todo el cajón con un encerado impermeable clavado con tachuelas y embreando con brea fundida los pliegues, para protegerlo de las lluvias. Los cajones así forrados se cubrían nuevamente con una tela fuerte de fique muy bien templada y cosida en los bordes con el fin de proteger de mataduras a las mulas durante el viaje.

LAS OBRERAS

Cuando sus hijas llegaban a la edad de “merecer”, algunas se casaban o se juntaban con los operarios de las fábricas. Las más atractivas iban a parar en manos de los administradores de las fábricas. Bastantes sonreían a todos... ❖